BOLETÍN
DE LA
BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO
AÑO III. — JULIO-AGOSTO, 1921. — NÚM. 4

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO

Santander ha perdido su poeta.

Yo he perdido al amigo de mi alma; y al unir mi duelo al de los amigos y admiradores del poeta, que llenan la Montaña y traspasan sus fronteras, un dulce sentimiento se mezcla a mi dolor, al considerar que en nosotros vive perdurable el recuerdo y el amor del poeta y de su obra.

Cuando un poeta, un gran poeta, expira, no muere; es como el sol que se pone trás el vasto horizonte del mar, donde parece que ha de apagarse su lumbre, pero el resplandor de su grande espíritu sigue alumbrando y tiñendo de arreboles el cielo en larguísimo crepúsculo.

Bendita la tierra que cría poetas y sabe escucharles y sabe enaltecerles.

Acaso hay quien crea que no son ciertamente necesarios los poetas para la vida de un pueblo.

Pero pensad en una comarca que no pudiera dar flores, ni sustentar pájaros.

Por muy rica y fértil que fuese aquella tierra ¡qué desabridos y secos serían sus frutos, y la vida qué árida!

Es la del poeta, del verdadero poeta, no la del vulgar coplero, un alma grande y exquisita, todo pureza y sensibilidad, arpa cuyas tendidas cuerdas recogen hasta las más leves vibraciones de todas las demás almas: el amor y el dolor, los enardecimientos y los desmayos del rudo batallar de la vida, las ansias infinitas y dolorosas de la in-

mortalidad... y al pasar por aquel grande espíritu, como por misteriosa alquitara, los sentimientos se depuran y limpian y se concretan en rimas armoniosas que llueven sobre las almas un rocío dulce y consolador que refresca y suaviza la aridez de la vulgar existencia.

Es como el rosal que toma los jugos de la tierra, y hasta lo fétido del fiemo, y los devuelve convertidos en aromas fragantísimos y en lluvia de colores que alegran el jardín y nos hacen dulces las horas.

Los poetas nos hacen amable la vida: ellos truecan en vergel el páramo sombrío; trompetas de las patrias glorias ciñen el laurel en la frente del héroe y derraman una lágrima sobre el dolor del caído; tocan con dedos de rosa las heridas del humano corazón, y hacen palpitar de dulce anhelo el de la virgen doncella; en la ruina vetusta, en el cementerio solitario, en el peñón de la costa ponen un alma; y de la niebla del monte, de la flor escondida, de la fragante selva o de la lozana mies hacen brotar una vida nueva y milagrosa que nos esclarece la fantasía, y hacen surgir nuevos y más altos anhelos del alma; como si en la suya todo rumor, todo sentimiento, toda pena y todo noble impulso tuvieran un eco.

Pero, ay, que si el rosal tiene sus espinas, tiénelas también, y muy agudas y desgarradoras, el alma del poeta; y hondas y secretas heridas, que, a veces, no ve la multitud que al poeta escucha; pues hasta las acerbas lágrimas del poeta son tan bellas y seductoras, que nos parecen cascadas de perlas y sartas de brillantes por la virtud de su poder creadas para fascinarnos.

Es con frecuencia el raro don de la poesía legado misterioso y terrible que Dios concedió a un alma escogida; y la vida tormentosa de esos espíritus superiores, que nos llenan de maravilla, y a veces de espanto, va dejando en sus versos girones de un corazón que crucificó el ansia del más allá, más allá...

No así la vida de nuestro inolvidable amigo Enrique Menéndez Pelayo, cuya alma selecta, vaso de riquísimas y delicadas esencias, fué destinada para un dulce y apacible vivir, y cuya poesía se refleja, como cielo purísimo en escondido y sereno lago, en el que él con tanto acierto tituló *Cancionero de la vida quieta.*

Tal fué la característica de su existencia, y su biografía o «externa historia» podría encerrarse en breve página y escasas fechas; pero dentro de aquel pequeño y ameno huerto en que gustó aislar su vida ¡cuán hondo sentir, cuán vasto pensar, qué amplio horizonte abierto a su fantasía de poeta, qué certero vuelo el de su alma hermosa y qué llena de esa «quieta vida», que se desliza mansa, sin episodios románticos, ni violentas luchas!

Y para que con mayor fuerza y relieve ese contraste se acentúe y nos sorprenda, ha de verse como aquel noble espíritu, de aristocrática estirpe intelectual, fué dotado por Dios con tan raras facultades y ricas prendas, que parecía destinado a una vida de tumulto y de agitación, a mezclarse en la dorada vida del mundo, para conquistar lo que en ella seduce con relumbre y atractivo de falsa gloria: posición, aplausos, honores; sembrando inquietudes y envidias; y cómo, por el contrario, Enrique Menéndez, usó de aquel riquísimo caudal de tan discreta manera, con tan noble modestia, que desde su retirado rincón sembró el bien, ocultó su tesoro y lo distribuyó secretamente entre todos; y recogió la simpatía, el cariño, la admiración, la verdadera y legítima gloria del poeta.

* * *

Nació Enrique Menéndez Pelayo en Santander, en una casa de la calle de los Tableros, número 5; y fué bautizado en la Iglesia Catedral. Su partida bautismal dice así:

«A doce de Diciembre mil ochocientos sesenta y uno, yo Don Ramón Ruiz Cobo, Cura párroco de la Santa Iglesia Catedral de Santander bauticé solemnemente en ella a Enrique María, nacido en el ocho de este mes, hijo legítimo de Don Marcelino Menéndez, natural de Castropol, en Asturias, y de Doña María Jesús Pelayo, natural de esta ciudad; nieto paterno de Don Francisco Menéndez, natural de San Julián de la Bandera, y de Doña Josefa Pintado, natural de Oviedo; y materno de Don Agustín Pelayo, natural de Pinilla de Carriedo, y de Doña Josefa España, natural de Palencia. Fueron padrinos Don Nemesio Obregón y Doña Juliana Pineda, de esta vecindad, a quienes advertí lo necesario. Para que conste lo firmo: Don Ramón Ruiz Cobo.»

Don Marcelino Menéndez Pintado fué una persona cultísima, de recto vivir y severa virtud, de los llamados cristianos viejos, de quienes tenía la viva fe y la piedad ardiente. Explicó en nuestro Instituto durante muchos años las cátedras de Aritmética y Algebra y la de Geometría y Trigonometría, y dejó publicados sendos tomos de dichas ciencias, que aún se hallan vigentes como texto de diversos Institutos y Colegios. Fué persona estimadísima en Santander, de donde fué Alcalde.

Doña Jesusa Pelayo y España, fué una dama de raro entendimiento, de un trato exquisito, de corazón muy bondadoso y de una gran piedad.

En ese hogar escuela de virtudes, las aprendieron aquellos hijos

modelo de sencillos y fervorosos católicos, y allí les inculcaron también el noble anhelo de saber, que hizo de ambos hermanos dos de las más puras glorias de nuestra patria.

De los hijos de aquel matrimonio conocí, además del gran prodigio de nuestra época, Marcelino, y de nuestro eximio poeta Enrique, a Jesusa, hoy Religiosa profesa en el Convento de la Enseñanza de Santander, y al pequeño Agustín, que murió en la niñez. Otros hijos hubo, según creo, que murieron en la primera época de la infancia. No fué en la suya Enrique de «gran salida» y precocidad; antes bien, algo enclenque y enfermizo, según le oí decir, pero fué travieso y bullicioso; y contaba, con su habitual gracejo, su primera aventura en la vida pública, el 24 de Septiembre de 1868, día en que entró a viva fuerza en Santander la que mandaba el general Calonje, para sofocar la rebelión, conque se había respondido aquí al grito revolucionario dado en Cádiz contra el trono de Isabel II.

Vivía a la sazón la familia de Menéndez en la calle de Atarazanas, cerca de Becedo, donde más vivo fué el fuego en aquella triste jornada; y a la hora de comer la familia, con otras de la vencindad, se recluyeron todos en lugar retirado del peligro, abandonando la mesa. Pero no se avinieron los muchachos con aquella dura penitencia que se les imponía, y capitaneados por el egregio autor de la Historia de los Heterodoxos y de las Ideas estéticas, que donde quiera se hallaba tenía el primer puesto por juro de heredad, asaltaron y saquearon el aparador, y se comieron los postres; escuchando con la mayor indiferencia o menosprecio de la vida el terrible fuego de fusilería con que se asesinaban en la calle soldados y paisanos.

Cuando terminó la refriega, una zurribanda general puso término a la aventura y fué premio de la hazaña de los sublevados niños. No sé si el pueblo, que se batió bravamente, sacó algo más de la suya.

Estudió Enrique las primeras letras en la famosa escuela de don Víctor Setién, donde tantos ingenios montañeses dieron del suyo los primeros vagidos; y cursó el Bachillerato en el Instituto de Santander, obteniendo brillantes notas, y en 1877 el título de Bachiller en Artes y Ciencias.

Cosa rara: Enrique se mostró en aquellos estudios mal latino y excelente matemático; hasta el punto de que su padre, tan severo profesor de esa ciencia, no tenía reparo en dejarle alguna vez, cuando era forzada su ausencia, como regente del aula, tanto en la clase oficial, como en la particular que daba para alumnos rezagados o torpes.

No tuve yo la suerte de aprovechar aquellas lecciones, pues pisé las aulas cuando Enrique las dejaba; pero he oído a muchos compa-

ñeros suyos, que el joven regente salía muy airoso de su difícil cometido.

No tengo la seguridad de que nuestro poeta diera muestras de gran precocidad versificadora; aunque me consta que hizo versos en los tempranos días de la edad estudiantil, pero no creo se conserven originales de aquellas flores de su ingenio.

Y llegó el momento decisivo de elegir carrera; uno de los más graves problemas de la vida del hombre.

Parecía natural que por afición y herencia paterna a la de Ciencias se inclinara, ya que en las Letras no se había mostrado tan precoz; pero venció el influjo de la rama materna, que de Médicos y Cirujanos descendía, pues tal fué la profesión del abuelo materno don Agustín Pelayo y la del tío materno, el ilustre Doctor don Juan Pelayo: y tengo para mí que este meritísimo médico poeta, que tan entrañablemente quería a sus sobrinos, fué el causante de que Enrique Menéndez se matriculara en Valladolid, en el curso de 1877 a 78, en el primer año de Medicina.

¿Tenía el joven estudiante verdadera vocación de Médico? Dudoso parece; pero marchó lleno de ilusiones a la célebre Pincia; y alojóse en casa de unas respetables señoras, amigas de la familia de don Marcelino, que como a hijo le recibieron y cuidaron. En las veladas de familia, después de rezar el Rosario, escuchaba Enrique con avidez los relatos de la señora de la casa, noble e ilustre anciana, que había tratado mucho al gran poeta Zorrilla; y despertóse desde entonces aquella gran devoción que tuvo hasta su muerte nuestro poeta por el autor de *Los Cantos del Trovador*, cuyas leyendas y poemas recitaba de memoria maravillosamente.

Todavía en el pasado Otoño hubimos de disfrutar juntos el placer de leer y comentar la biografía del gran Zorrilla publicada por el ilustre Narciso Alonso Cortés; y aún me recitaba Enrique fragmentos de las mejores composiciones del cantor nacional, con una facilidad que me dejaba maravillado de tan feliz memoria; y en Abril último recitó en el Ateneo de Santander *A buen juez, mejor testigo,* ilustrando la conferencia que sobre esta leyenda dió don Miguel Artigas.

En Valladolid, a cuya ciudad conservó Enrique siempre ese cariño que tenemos a todo lugar donde hemos enterrado puñados de juventud y de ilusiones, nació su estro poético. Unido en amistad estrechísima con Juan Menéndez Pidal, que había de ser más tarde otro genial y exquisito poeta, y con el joven estudiante montañés Fidel Bustamente, en quien tronchó la temprana muerte un florido laurel, hizo Enrique sus primeras armas literarias muy lucidamente

en esos tiernos versos de juventud, todo inexperiencia, pero embalsamados por la ingenuidad del sentimiento.

Con aquellos, y otros jóvenes poetas, colaboró en la Revista Literaria y leyó versos en las veladas de la recién inaugurada Juventud Católica, así como en cierto homenaje que se dedicó á Cervantes en la modestísima casa que el Manco Inmortal habitó en Valladolid, y ahora ha sido restaurada por nuestro ilustre amigo el Marqués de la Vega Inclán, que también por aquellos tiempos «polleaba» en Valladolid con Enrique Menéndez.

Una cierta calaveradilla que éste se permitió por entonces, merece no quedar en silencio, pues muestra cómo despertaba y crecía su afición literaria y se sobreponía al estudio de los huesos humanos.

En aquellos tiempos llamaban la atención en la Corte las recitaciones que hacía en el teatro de la Zarzuela el ilustre actor Rafael Calvo de los poemas de Núñez de Arce, lo que era una novedad en nuestra escena.

Enrique, sin contar con «la huéspeda», por supuesto, y en compañía de otros amigos, hizo una escapatoria a Madrid, y pudo satisfacer su deseo de oir cómo el admirable Calvo recitaba *El Vértigo* de tan original manera; recitación que luego hacía el propio Enrique imitando al genial actor en la voz, los gestos y con toda la propiedad que había observado en el Teatro de la Zarzuela.

Por cierto que en él estaba aquella noche Marcelino, ya entonces famoso; y estuvo en poco que no descubriera a su hermano, y allí terminara, y de mala manera, la calaverada estudiantil; que acabó en cuanto se acabaron los cuartos, es decir, un par de días.

En el siguiente curso fué Enrique a estudiar a Madrid, al amparo del hermano mayor; pero no vivió con éste, sino con el mío, en una célebre casa de huéspedes establecida en la calle de Cervantes, número 2, edificada sobre el solar de la que habitó el Inmortal, y fué bárbaramente derribadada a mitad del pasado siglo.

Mi hermano Pepe, que había sido compañero en el Instituto de Marcelino, terminaba la carrera de Medicina; y Enrique heredó de su hermano aquella amistad, como yo heredé la suya de mi hermano.

En la posada «cervantina» se estudiaba... y se hacía vaga y amena literatura. Célebres fueron entre los estudiantes santanderinos unas veladas montañesas en que se leían capítulos de las novelas de Pereda, Enrique recitaba versos suyos y ajenos, y mi hermano hacía juegos de presdigitación; y con estas diversiones se endulzaban las horas de negra morriña recordando la añorada tierruca. Allí escribieron juntos una graciosa colección de semblanzas de tipos santanderi-

nos, en verso, con un cierto prólogo en octavas reales muy enrevesadas, de las que se mostraban muy ufanos los dos discípulos de Esculapio.

Vivió luego Enrique en otras casas de huéspedes, con Tomás Agüero y otros estudiantes paisanos y amigos, que también «metían mano» en los trabajos literarios, y siguió el estudiante poeta los cursos de la Escuela de San Carlos, hasta terminar con aprovechamiento la carrera de Licenciado en Medicina y Cirugía; aun cuando sus aficiones cada vez se apartaban más de la ciencia de curar para inclinarse a la verdadera vocación de escribir.

Terminada la carrera, y vacilante Enrique en su decisión de ejercerla, obtuvo, por influjo de su hermano con el Ministro de Fomento don Alejandro Pidal, en 1884, una plaza de oficial auxiliar, agregado a la Secretaría particular de Obras públicas; y en aquella jaula, de no muy dorados barrotes, encontróse albergado con otros pájaros cantores, como Juan y Faustino Menéndez Pidal, que se alimentaban del mismo alpiste ministerial; y dedicaban las más de las horas de su forzado encierro a escribir versos, en vez de borrajear minutas de oficios y extractos de expedientes.

El del famoso puente de Treto, que tanto ruido metió por aquellos tiempos en nuestra política local, sacó las primeras canas, según confesión propia, a Enrique Menéndez, pues era la perpétua pesadilla del diputado por Laredo, don Manuel Eguilior, que se lo hacía llevar y traer todos los días, más de una vez, para el despacho.

Con esto, en un año de «trabajo», y después de escribir un cierto famoso Manual, en que se explicaban las cien y un razones que tenía el empleado público para faltar a la oficina, dió para siempre Enrique por terminada su vida burocrática.

La nostalgia de la ciudad natal y del hogar paterno, y el influjo poderoso de unos ojos bellísimos en que se había dejado prendida el alma, decidieron a Enrique, contra el parecer de su padre y hermano, a presentar la dimisión de su cargo y tomar la vuelta de Santander, imán de sus sentimientos.

Ya para entonces habíanle crecido aquellas alas ligeras, en las que se remontaba con gallardo vuelo a espacios ideales. Ya para entonces había escrito algunas de las bellísimaa composiciones, luego recogidas en el tomo de *Poesías*, editado en 1886 por la imprenta de *El Atlántico*; ya sentía en su alma aquellos nobles impulsos que habían de abrirle las puertas del templo de la inmortalidad; ya era poeta.

A Santander volvió, a instalarse en el hogar familiar, en el hotelito fabricado por don Marcelino en la calle de Gravina, y el que

no había ya de abandonar nunca, constituyéndose como en guardián del pequeño familiar huerto, que su fantasía había de ensanchar inconmensurablemente. Allí vivió feliz en compañía de sus queridos padres y de su hermana adorada, en 1885; y a instancias de aquellos y de su tío don Juan Pelayo, comenzó a ejercer la Medicina al lado de este reputadísimo cirujano, venciendo la repugnancia que por tal profesión sentía.

Era en aquel año don Marcelino Menéndez Pintado Alcalde de Santander, cargo que ejerció con general aplauso de sus conterráneos y en circunstancias bastante difíciles; pues al comenzar el Otoño se propagó a Santander el cólera morbo que había aparecido en Novelda y saltado de allí a Aranjuez y otras comarcas, en bien pocos días.

Cundió el pánico en nuestra ciudad, que tan horrible recuerdo tenía de la visita del «huésped del Ganges» en 1865; y huyó aterrada la gente que pudo hacerlo, dejando a Santander sumido en la mayor tristeza; y procedió don Marcelino a los medios más adecuados para atajar la propagación del mal, cortando las aguas ya infectadas, y procediendo a la instalación de un Hospitalillo de epidémicos en el edificio de la Exposición de Calzadas Altas, que para todo servía entonces tal barracón, y fué uno de sus primeros actos nombrar Médico agregado, sin sueldo, de dicho Hospital, a su hijo Enrique; que tuvo la primera noticia al recibir el oficio de nombramiento.

Por cierto que al comunicármelo éste a mí, muy en «secreto», me dijo con aquella su gracia inimitable:

—No lo propales por ahí, pues van a decir que me cae la breva por tener el padre Alcalde... y temo además... que cunda el pánico.

Cumplió su cometido el novel médico con una asiduidad y un celo tan caritativo que mereció las gracias de oficio del Ayuntamiento y la gratitud de muchísimos enfermos a quienes curó y consoló; ocultando y dominando admirablemente su repugnancia y su miedo, pues me consta que le tenía tan grande como yo.

Por aquellos días nació nuestra intimidad, que ha sido fraternal hasta que terminó su vida, y de la que conservaré tan dulce recuerdo mientras dure la mía.

Hasta entonces éramos simplemente conocidos: él era mayor que yo, y nuestros estudios no habían corrido juntos; además él era del Barrio de Becedo y yo de la Plazuela de Botín; y eso, en aquellos tiempos, marcaba en nuestro espíritu local una diferencia semejante a la de dos pueblos comarcanos, y hasta algo hostiles a veces.

Pero su amistad con mi hermano, y nuestra aproximación en aquellos días del «cólera» en que tan poquísimos mozos de nuestro

trato quedaban en Santander, estrechó las distancias y las amistades.

Y en las conversaciones del Congresillo del Círculo de Recreo, donde nos reuníamos a charlar con otros amigos, nació el proyecto... de un teatro casero, como medio curativo del cólera morbo asiático.

Había, como queda dicho, un gran pánico en la ciudad, donde menudeaban los «casos» y como medio de levantar la moral abatida de nuestras amigas, y la nuestra, se nos ocurrió formar una compañía dramática, y olvidar en el arte escénico las inquietudes de la situación terrible que atravesábamos.

De aquella compañía farandulera, en que figuraron distinguidas damas (hoy respetables abuelas) como actrices notables, y jóvenes (hoy machuchos) como actores estimables, fué director eminentísimo Enrique Menéndez, que descubrió todas sus dotes de actor extraordinario y escribió prólogos admirables, leyó versos lindísimos, y nos hizo olvidar a todos, incluso a sí mismo, el miedo a la epidemia; hasta el punto que, recuerdo, de una tarde en que estando la compañía ensayando a gritos un coro zarzuelero, me asomé yo al balcón del Muelle y ví pasar, uno tras otro, hasta cinco entierros; y con toda naturalidad cerré el balcón y me uní al coro, que seguía aturdiendo la vecindad con sus alegres voces.

Por aquellos días colaboraba Enrique en el semanario festivo *Santander Crema,* que publicaban varios jóvenes literatos santanderinos.

En 1886 se fundó en Santander, por el ilustre periodista Enrique Gutiérrez de Cueto y su cuñado Lorenzo Blanchard, el periódico *El Atlántico,* que dió a la prensa local el tinte literario de los tiempos de *La Abeja Montañesa* y de *El Tío Cayetano;* y colaboraron en él, desde las famosas plumas de Marcelino Menéndez Pelayo, José María de Pereda y Amós de Escalante, hasta las de una juventud entusiasta, á la que nos habíamos afiliado Enrique Menéndez, José María Quintanilla (Pedro Sánchez), José Zumelzu y otros amigos, que por entonces tuvimos la honra de ser recibidos en aquella famosísima tertulia de «Las Catacumbas», que regía en su casa de Rua Mayor el inolvidable Sinforoso Quintanilla, y más tarde se trasladó a la casa y despacho del inmortal autor de *Sotileza.*

En aquella colaboración de *El Atlántico* descolló entre todos el tierno poeta Enrique Menéndez, que publicó composiciones bellísimas, artículos rebosantes de gracejo y de amenidad, semblanzas notables y crónicas de sociedad, con el título de *Mis sábados,* que hicieron famoso el pseudónimo de *Casa Ajena,* y esmaltan la colección de aquel malogrado periódico; así como en el libro *De Cantabria,*

que editó Blanchard, y en el que colaboramos todos los de la redacción.

En 1888 se celebraron en Santander solemnes Juegos Florales, a imitación de las Cortes de Amor provenzales y catalanas; y en este público certamen fué premiada, con la flor natural, una hermosísima poesía de Enrique Menéndez, que eligió por reina de la fiesta a la bellísima Lola Madrazo. Aquel acto ungió a nuestro poeta.

Al siguiente año tuvo lugar la coronación en Granada del gran poeta nacional don José Zorrilla, a la que asistió Enrique Menéndez en representación de *El Atlántico*, donde publicó preciosas crónicas de aquel acto, en que tantísimo gozó nuestro amigo, tan apasionado del gran cantor de la Alhambra.

En 1890 publicó Enrique Menéndez su primoroso libro *Desde mi huerto*, y en 1892 su lindísima joya *Romancero de una aldeana*, acaso donde puso lo más delicado de su alma, las más tiernas voces de un roto idilio, pues de 1888 al 89 acontecieron sucesos que tuvieron grave trascendencia en lo más íntimo de su vida.

Aquellos dulcísimos amores que de Madrid trajeron a la Montaña a nuestro querido poeta, amores que nacieron en edad juvenil y perduraron en los alegres años de la edad moza, dieron sus flores en el Otoño de 1888, en que celebró sus bodas con la bellísima y angelical Eladia Echarte.

¡Mas, ay, entre la corona de azahares de la gentil desposada habíase deslizado artero el germen maldito de incurable enfermedad, que pronto, a los pocos meses, había de cambiar en crespones de luto los que fueron albos velos de virginal corona nupcial; y en Enero de 1889 entregaba la dulcísima y amante esposa su alma a Dios, dejando al pobre poeta sumido en las negras tristezas de una viudez desoladora.

Puso Dios a prueba la fortaleza de aquella pobre alma, que ante el idilio roto, en que se cifraron las más dulces ilusiones de su juventud, adquirió el germen de aquella dolorosa enfermedad de que más tarde tanto había de sufrir, y de la que nunca llegó a curar por completo.

Volvió a la vida cotidiana el poeta, y continuó ejerciendo la Medicina al lado de su cariñoso tío Juan Pelayo, como auxiliar de este reputadísimo cirujano en el Hospital de San Rafael; y allí le sorprendió aquella tarde apocalíptica del 3 de Noviembre de 1893, en que la terrible explosión del vapor *Cabo Machichaco* sembró en Santander la muerte, la desolación y el luto en cientos de hogares.

Cumplió Enrique Menéndez sus deberes, como siempre, con gran

entereza y caridad infinita; pero el tremendo esfuerzo y los horrores que presenció influyeron poderosamente sobre aquel espíritu, ya herido por la desgracia; y por tal causa, y por el fallecimiento de su tío, a quien costó la vida el rudísimo trabajo que desplegó en aquellos días, renunció a la profesión Enrique y al puesto que tenía en el Hospital, en Marzo de 1894.

Al año siguiente hizo explosión la enfermedad que hacía mucho le rondaba, por causa de un gran desgaste nervioso, una neurastenia agudísima, que fué calificada con el espantoso nombre de «melancolía dolorosa», y obligó a su familia a llevarle a París para atender a su curación en una reputada clínica.

¡Con qué honda pena abracé yo en Irún al queridísimo amigo cuando marchaba a París; y con qué dolor le vi volver meses después, en tal estado de demacración que impresionaba, pues llegó a pesar nada más que 34 kilos; que, dada su edad y estatura, era un peso inverosímil.

Por fortuna, el aislamiento, la quietud y las atenciones de un famoso neurópata de Madrid, a cuyo plan estuvo sometido Enrique muchos meses, residiendo en cierto retirado hotelito de los alrededores de la corte, rehicieron al pobre enfermo, que completó su curación viviendo una larga temporada con su hermano y con Gonzalo Cedrún, en la casa que tenía aquél en la Academia de la Historia.

Aun cuando siempre le quedaron rastros de la enfermedad, volvió muy mejorado a la Montaña, donde le esperaba otra acerba pena, la muerte de su buenísimo padre, acaecida el 13 de Mayo de 1899.

Recobrada con el lenitivo del tiempo y de su cristiana resignación, la paz y serenidad del alma, volvió Enrique Menéndez a sus tareas literarias, a su asidua colaboración en la prensa local, y en 1900 escribió su primera obra dramática, *Las noblezas de don Juan*, primorosa comedia en tres actos, que fué estrenada en el teatro de la Comedia, de Madrid, en la noche del 18 de Marzo de 1900, por Emilio Thuiller, Rosario Pino, Matilde Moreno y otros artistas de aquella compañía, con el más lisonjero éxito.

Cúpome la honra de dirigir los ensayos de tan linda comedia, pues su autor no pudo llegar a Madrid hasta la antevíspera del estreno; y recuerdo el entusiasmo con que toda la colonia montañesa seguía los trámites de este acontecimiento, en el que se vió lleno el teatro de un público selecto, que aplaudió con cariño al novel autor; el cual dominaba su natural emoción y se mostraba tan sereno, como lo hizo siempre que tuvo que presentarse ante cualquier auditorio.

Su hermano Marcelino, que presenció la representación desde un

palco, rodeado de sus mejores amigos, disfrutó una de las horas más felices de su vida.

Volvió el poeta a Santander con su fresca corona de laureles; y volvieron a sonar en el corazón del poeta voces gratísimas que le llamaban a la vida con dulces ansias, como si quisieran cicatrizarse las viejas heridas. Deparábale Dios misericordioso un consuelo a tantas tristezas. La tierra árida volvía a dar flores, un nuevo amor lució en aquella alma, y halló el poeta una nueva y adorada compañera de su vida, en la hermana de su muerta adorada.

El 26 de Agosto de 1903 celebró Enrique Menéndez su matrimonio con María Echarte, dama de culto entendimiento y gran corazón, que supo convertir con su amante cariño en flores de consuelo las mismas espinas que habían torturado el corazón del poeta; y cuidó de éste con amor y abnegación sin límites en dieciocho años de matrimonio, hasta el último y doloroso trance de la muerte, mostrando, con la fortaleza de la mujer cristiana, un alma apasionada y tierna, digna compañera del admirable poeta.

Aún sonaron horas dulces y apacibles, aún se llenó el pequeño huerto de rosas y de fragancias, aún zumbaron las abejas de oro y brotaron las rimas encendidas en entusiasmo y corrió la pluma ágil y nerviosa en magníficas páginas.

En 29 de Enero de 1904 estrenó Enrique Menéndez en el teatro de Santander su preciosa obra *Alma de mujer*, y en 1905 la delicadísima adaptación de su bellísimo cuento *Rayo de luna*. Y al propio tiempo fué laureado, en el primer certamen de la *Biblioteca Patria*, por su lindísima novela *La golondrina*, que ha recibido el público con tan constante aplauso, que van agotadas varias ediciones.

Todavía se mezclaron con los triunfos las penas, como siempre sucede: primero por la despedida de su hermana Jesusa, que profesó en el Convento de la Enseñanza de Santander, donde reside; después por la muerte de su amantísima madre doña María Jesús (1 de Septiembre de 1905), en quien tenía puesto Enrique el cariño más acendrado y devoto.

En 24 de Febrero de 1911 estrenó Enrique Menéndez en el teatro de Santander su linda comedia en dos actos *Del mismo tronco;* que poco después, a instancia de los hermanos Alvarez Quintero, apasionados de nuestro poeta, representaba en el Teatro de Lara de Madrid Joaquina Pino el día de su beneficio, con gran aplauso del público.

Por aquel año y los sucesivos publicó Enrique Menéndez los preciosos trabajos recogidos en los tomos titulados *Interiores, El idilio*

de Robleda, A la sombra de un roble, Cuentos y trazos, y el primorosísimo *Cuento de un pobre y una niña* comprendido en el tomo *Selectos* de la *Biblioteca Patria.*

Al propio tiempo habíase constituído el poeta en guardián celosísimo del tesoro bibliográfico que su hermano Marcelino había ido formando en la Biblioteca que, como anejo al hotelito en que vivía, fabricó su buen padre don Marcelino con los mejores ahorros de su santa vida de trabajo; y fué Enrique el primer bibliotecario que cuidó, ordenó y comenzó a catalogar la famosa colección de libros, de que hoy se envanece Santander, como una de sus más preciadas joyas, debida a la munificencia del mejor y más glorioso de sus hijos.

Pero, ay, que todavía reservaba Dios pruebas terribles para aquel nobilísimo espíritu, al que había dotado de tan singulares dones, y en especial el de la fortaleza cristiana, que tanto iba a necesitar.

A fin de Diciembre de 1911 llegó, como otros años, a pasar las fiestas de Pascua, a Santander, Marcelino Menéndez; y corrió Enrique a recibirlo en sus amantes brazos. Pero, ay, que en ellos estrechó a un pobre y triste enfermo, herido de muerte, abrumado de dolores en el alma y en el cuerpo, como atleta cubierto de laureles que se retira de la lucha en busca de la paz del sepulcro. Y tras cruel y corta enfermedad, el 19 de Mayo de 1912, expiraba entre los brazos de Enrique aquel hermano amado, dejándole sumido en duelo y a toda la ciudad en tristeza.

Desde aquel infausto día ya no lució jamás para el pobre poeta el sol de una sonrisa. Dedicóse al culto del querido y glorioso muerto, a cumplir sus sagradas voluntades y velar por la publicación de sus *Obras completas,* que consideraba como el mejor monumento a su gloria y a la patria; deseo que no pudo ver Enrique cumplido, y que tanto le amargó sus últimos años.

Durante ellos, la enfermedad que había contraído en la vista por causa de una miopía progresiva, y le hizo perder por completo la visión de un ojo, fué causando grave daño en el otro, sin que las más hábiles intervenciones médicas consiguieran atajar el mal; de modo que la ceguera fué llegando paulatinamente, sumiendo al desdichado poeta en tristes nieblas precursoras de la noche eterna.

Duro, durísimo fué este trance terrible, espantosa la lucha que debió trabarse en lo más hondo de aquella alma dolorida, para llegar a conquistar la victoria más grande y más bella de tan noble vida, resignándose al mal que Dios le enviaba, agradeciéndolo y besando rendidamente la mano que le cegaba, para que sus ojos no se distrajeran ya en la mundana belleza y se elevaran a El constantemente.

Bien lo atestiguan los últimos versos que brotaron del númen del poeta, pocos días antes de su última enfermedad, y dicen así:

Esa madre a quien su niña
con sus minúsculas manos
cual con dos hojas de rosa
le está los ojos tapando,
ni se aflige, ni se apura
ante el imprevisto caso,
pues su corazón le ha dicho
de quién son aquellas manos.
También un pobre poeta
sintió sus ojos nublados
y que es la mano de Dios
la que se los ha tapado;
por eso no se impacienta,
que su corazón cristiano
sabe que entre hijos y Padres
esto es amor y no daño.

Dedicóse Enrique Menéndez en los últimos años de su vida a recoger algunas de sus composiciones poéticas, dispersas p or revista y periódicos; y con ellas, y otras nuevamente escritas, que son las mejores de toda su producción, formó su *Cancionero de la vida quieta,* publicado en 1915 por la casa *Renacimiento;* libro en que ha podido ser apreciado por todos los lectores cultos del habla española, pues el tomo ha tenido una gran difusión por España y América.

Pudo aún nuestro poeta escribir de su puño muchas de sus últimas composiciones y cartas, merced a su gran habilidad para hacerlo sin ver el papel en que escribía, pues lo hacía a obscuras; conservando, no obstante, muy clara su hermosa letra, según atestiguan recientes originales que poseo.

Era nuestro poeta enemigo de ocupar cargos públicos, aun los puramente literarios; y al verse sorprendido con el nombramiento de Académico correspondiente de la Historia, sólo a instancias de su hermano Marcelino aceptó este honor; y a la muerte de éste, el de correspondiente de la Academia de la Lengua; que esta Corporación le acordó en atención a sus merecimientos y al nombre glorioso que quería mantener unido a la docta casa.

En uno de sus últimos viajes a Madrid asistió Enrique a varias sesiones de la Academia, presididas por su ilustre Presidente don Antonio Maura, que le distinguía con una muy sincera amistad.

También fué Enrique Menéndez vocal de la Comisión de Monumentos de Santander y de la Comisión de la Biblioteca Municipal. Y no recuerdo que en otros cargos figurara.

Siempre dedicado al culto de la memoria de su hermano Marcelino, emprendió en los últimos tiempos una obra, que desgraciadamente deja sin terminar, titulada *Memorias de un hombre a quien no sucedió nada;* y cuyos capítulos son deliciosos relatos de episodios de su vida y de sucesos en que intervino o presenció, mezclando siempre recuerdos íntimos de su hermano, no conocidos de sus biógrafos.

En el crepúsculo de su vida, aún lució alguna hora venturosa para el pobre poeta, ya casi ciego.

Deseosos varios de sus más íntimos amigos de unirnos a ese culto fraternal que constituía su constante preocupación, y animados del noble afán de que continúe viva y fecunda la obra de Marcelino Menéndez Pelayo, constituímos la Sociedad que lleva su nombre y publica este BOLETÍN, que sirve como lazo de espiritual unión entre sus discípulos y admiradores del mundo todo, que son tantos y tan entusiastas, que acogieron la idea como feliz iniciativa y la dan vida con su adhesión y suscripciones.

En uno de los primeros acuerdos la Sociedad nombró a Enrique Menéndez su Presidente honorario; y fué tal su contento y gratitud, que nos contestó en una carta admirable, que revela la satisfacción nobilísima que llenaba su alma agradecida.

Y en el primer acto público que celebró la Sociedad, ante S. M. el Rey, que lo honró con su presencia, pronunció Enrique Menéndez un discurso de salutación tan hermoso, tan entusiasta y dicho con tan noble y bella dicción, que produjo verdadera impresión de asombro al mismo Soberano y en el selectísimo concurso que llenaba el salón de actos del Instituto, donde se celebró la fiesta.

En ella leyó un notable discurso el eminente hispanófilo norteamericano Rodolpho Schevill, quien ganó la voluntad de cuantos tuvimos la honra de conocerle y aplaudirle, y al despedirse de él, díjole Enrique, con aquella suprema gracia y cortesía que le caracterizaba:

—Allá va ese abrazo de fraternal despedida; pero ruego a usted que no divulgue en su patria el secreto de cómo se ganan las ciudades españolas con un solo discurso.

En los años 1919 y 1920 publicó Enrique Menéndez en la revista *Voluntad* una serie de ocho preciosas composiciones, titulada *Cuentos sabidos, puestos ahora en rima y sacada la moraleja,* en los que campean la forma magistral y toda la gracia de su ático ingenio; y cerró su obra con rico broche de oro y diamantes en su *Invocación a Fray Luis de León,* publicada en la misma revista; composición de altísimo vuelo místico, especie de canto de cisne que, abiertas sus

alas y traspasado el corazón de amor celestial, quiere desprenderse de la tierra para volar a su eterna patria.

Parece que en ella presiente ya el poeta su próxima muerte, para la que hallábase preparado hacía tiempo.

Llegó rastreramente enmascarada, aparentando un recrudecimiento del mal que padecía el poeta hacía años; mas la experiencia del doctor Ballesteros, que cariñosamente le asistía, no se dejó engañar, y sospechó que algo más grave ponía en peligro muy serio la vida del poeta. Pocos días después vino mi hermano desde Comillas y confirmó, desgraciadamente, el diagnóstico de Ballesteros y de Morales: tratábase de un carcinoma del intestino, que no dejaba lugar a humana esperanza.

Jamás olvidaré las frases de cariño con que el desdichado poeta nos recibió a mi hermano y a mí en su lecho de muerte, y la efusión de su alma al estrechar nuestras manos. Sus ojos ya no nos veían, estaba demacradísimo, casi cadavérico. Aún tuvo palabras llenas de su habitual gracejo para recordarnos horas felices, mientras nosotros apenas podíamos sofocar la emoción que nos embargaba.

Sufrió el poeta semanas enteras con entereza y resignación de mártir, y se preparó a morir cristianamente, como había vivido, recibiendo los consuelos espirituales de su confesor don Jacinto Iglesias, que estuvo al lado del moribundo noches enteras, y asistido de su amantísima esposa, que no permitió que otras manos que las suyas le auxiliaran.

El día 22 de Agosto, a las siete de la tarde, rodeado de estas personas queridas y de amigos fidelísimos, que rezaban el Santo Rosario, dulcemente expiró el poeta; y su alma cristiana purificada de toda escoria voló hacia la eterna luz, por la que tanto había suspirado y padecido.

Inmenso fué el duelo en la ciudad, que tan tiernamente amaba a su poeta; que a todos nos legaba, con el dulce recuerdo de su vida, el santo ejemplo de su muerte.

El primer mensaje de pésame que llegó a la desconsolada viuda fué el de S. M. la Reina Victoria, que se hallaba en Santander; y el primer telegrama el de S. M. el Rey, que se hallaba en Madrid. Con él llegaron infinitos testimonios de duelo de toda España y de América.

Santander había perdido su poeta.

Yo perdí, además, al amigo.

Dios le tenga en su santa gloria.

***

Trazada así, aun con alguna prolijidad, la biografía de Enrique Menéndez Pelayo, resalta cómo fué aquella vida de tranquila, sencilla y retirada; existencia de «un hombre a quien nunca pasó nada», que no figuró en los grandes acontecimientos sociales, ni fué político bullicioso, ni periodista batallador, ni publicista de ruido, ni médico de renombre, ni orador de fama. Fué el hombre de la «vida quieta», que del vivir apacible, pero no exento de penas y sufrimientos, supo extraer las más delicadas esencias y darlas la forma exquisita y perdurable de la rima en el *Cancionero* que basta a su gloria para asegurarle un lugar eminente en la lírica española.

Y pudo, no obstante, aquel hombre modesto, de alma sensible y desinteresada, aspirar a todos los puestos, escalar las altas posiciones que embriagan a la ambición, pues dotado había sido por Dios de las raras cualidades que sirven para alcanzarlas.

Segundón de un apellido ilustre, tuvo el delicado y raro acierto de substraerse a la tentación de mezclar su nombre y su labor a la de aquel ingente y frondoso laurel que hubiera asombrado su gloria; y prefirió el modesto papel de guardador del pequeño huerto en el solar familiar, donde supo vivir retirado, pero llenándolo de su nombre y añadiéndole nuevos timbres de honor.

La equivocada elección de carrera no pudo torcer su vocación, de escritor de raza, y sofocar sus dotes de poeta lírico, que era, a mi entender, su cualidad primordial.

Su espíritu, fino y perspicaz como pocos, tenía mil facetas que relumbraban como los mejor tallados diamantes; pero su vena cómica, de la más pura y castiza sal, que hubiera podido hacerle figurar entre los mejores escritores festivos, no se sobrepuso nunca a la elevación y pulcritud de su poesía, que fué derivando hacia la majestad de la poesía mística, singularmente en los últimos tiempos, cuando, perdida la visión del mundo exterior, fué su espíritu serenado ascendiendo por la escala de luz que le llevó a las sagradas estrofas de la *Invocación a Fray Luis de León,* el predilecto de sus poetas clásicos.

Era su erudición amplísima, muy especial en el conocimiento de nuestros grandes escritores, tanto del siglo de oro, como de los contemporáneos; reteniendo en su prodigiosa memoria composiciones enteras de los mejores poetas españoles y de los grandes autores de nuestro teatro nacional.

Fué su primer modelo el gran Amós de Escalante, por el que tuvo culto casi idolátrico, y recitaba de memoria no solo sus versos admirables, sino páginas enteras de sus libros.

Fué apasionado del teatro desde su niñez hasta los últimos años

de su vida, pues aún casi ciego gustaba de asistir a una buena representación de un drama o comedia. Fácilmente recitaba después de un estreno tiradas enteras de las escenas culminantes del drama que acababa de oir representar. Lo presencié varias veces, siempre con admiración.

Si no fué un gran poeta dramático, lo que acontece a casi todos los líricos, nos dejó comedias tiernas y delicadas, como el precioso *Rayo de Luna;* y entreveró en *Las noblezas de Don Juan* y *Del mismo tronco,* con la elevación del pensamiento, la gracia cómica más fina y depurada.

Inédita ha dejado una comedia en tres actos y en verso, titulada *La reina de la fiesta,* que, por escrúpulos literarios, no llevó a la escena; y un juguete en un acto, en que se refleja la vida estudiantil vallisoletana, y es un dechado de gracia y observación. Tuvo en el telar proyectos de dramas que no llegó a terminar, desgraciadamente.

De su arte como actor habría mucho que decir, pues aun cuando solamente lo cultivó como aficionado, pudo ufanarse de ser un actor de primera fila y seguramente hubiera alcanzado en el teatro triunfos brillantes, y como director de escena puestos eminentes.

El 2 de Mayo de 1908 celebróse en Santander el centenario de la gloriosa fecha del alzamiento nacional contra el usurpador; y, entre otros actos solemnes, tuvo lugar una representación del *Sí de las niñas,* de Moratín, en la que tomaron parte lindísimas señoritas y jóvenes aficionados, bajo la dirección expertísima de Enrique Menéndez, que se adjudicó el papel de Don Diego.

Víctor F. Llera escribió un hermoso prólogo que recitó Enrique magistralmente; y el público aplaudió entusiasmado la interpretación de la obra, que fué primorosa; especialmente al genialísimo Don Diego, que halló un intérprete como lo hubiera soñado don Leandro Fernández de Moratín, de cuya hermosa obra era apasionado nuestro poeta.

Y no sólo en el arte de representar y de recitar versos era genialísimo nuestro amigo, sino en otro arte que apenas se cultiva en España y en el que son contadas las personas que sobresalen: el arte de leer prosa ante el público. Su voz clara, perfectamente timbrada y de una suave pastosidad, era un órgano precioso para la lectura en alta voz; pero sabía además plegarse de tal modo al ritmo de lo que leía, daba una tonalidad tan precisa y variada a las cláusulas, acentuaba tan primorosamente las palabras y matizaba con tal suavidad los periodos, que ni los oyentes se cansaban de escucharle, ni el lector parecía fatigarse en una prolongada lectura.

En conferencias públicas era igualmente maestro, según recordarán muchos que viven y le oyeron encantados desarrollar un tema, ya elevado, ya frívolo, en aquella forma familiar, tan persuasiva, tan discreta y con tal gracejo y amenidad, que «hacía pararse los relojes», según frase feliz de uno de sus oyentes; pues lo único que se podía reprochar era la brevedad. Y aún en esto era discreto, pues casi todos los conferenciantes pecan por exceso.

Y es que de todas las artes en que descollaba Enrique Menéndez, y acaso guardaba parte del secreto de aquella dulce simpatía conque se nos entraba por el alma, era el arte dificilísimo de la conversación; arte que de nadie se aprende, sino que nace de un sin fin de facultades propias y exquisitas que rara vez concurren en una misma persona; y en él eran ciertamente extraordinarias; pues lo mismo brillaba en una charla festiva y ruidosa de estudiantes, que en las frivolidades mundanas de un baile, en reunión de personas graves tratando serios temas o asuntos literarios, que discreteaba en un salón con damas aristocráticas y de rancia etiqueta; en todas partes llevaba la voz con sin igual hechizo; siempre mesurado y siempre oportuno, se hacía dueño de la concurrencia y la tenía embelesada con un pintoresco relato, un gracioso cuento o una chancera charla, esmaltando la conversación con un continuo chispear de su vivo ingenio.

En las tertulias de las «Catacumbas» o de casa del maestro Pereda, a las que concurrían «conversadores» tan afamados como el propio maestro, su primo Domingo Cuevas, Sinforoso Quintanilla y aquel genialísimo Fernando Pérez del Camino, pintor y escritor, que era el ingenio hecho carne, todavía resaltaba el de Enrique Menéndez por la fluidez, la gracia y la naturalidad de su conversación, que salpimentaba con tan felices réplicas, tan discretos chistes, que sería de admirar un florilegio escogido de sus frases inolvidables.

Aquel hombre de la «vida quieta», aquel enamorado de la soledad, que era su musa predilecta, había nacido armado de todas las armas más finas y templadas para ser un hombre de sociedad, de disipación, derrochador de su ingenio inagotable y vario, de una vena satírica finísima y poderosa que lo mismo remedaba y hacía la caricatura de un personaje ridículo, como improvisaba un madrigal a una dama, entretenía en galante charla a una niña inocente o se ganaba la voluntad de un sesudo varón o de un grave religioso; escribía una ligera crónica de sociedad con igual donosura y facilidad que una composición maravillosa del más delicado sentimiento. De haber querido, hubiera sido en la Corte el poeta de moda, el mimado de las

damas, el cronista de las fiestas del lujo, el hombre buscado, festejado y adulado.

No quiso ser eso: fué el hombre sencillo de la vida plácida, del tranquilo y sosegado hogar, el hombre cristiano de limpio y elevado pensamiento, cumplidor de las prácticas religiosas y de los deberes ciudadanos, enemigo de toda falsedad e impostura que le sublevaban el corazón, lo mismo que la afectación y la vulgaridad le herían en su gusto exquisito y aristocrático.

Su entendimiento prócer nació para las grandes, para las nobles empresas, para los elevados ideales.

De todo el rico caudal de su ingenio, que era río de mil variadas y cristalinas venas, usó con tal discreción y templanza, que supo hacerse amar y admirar de todos, sin crear jamás un enemigo o un envidioso; a todos entregó lo mejor de sus sentimientos nobilísimos, acuñados en los versos exquisitos conque fué tejiendo su gloriosa corona de poeta; y, sin buscarla, halló la popularidad verdadera y estimada; pues se ha dado el caso extraordinario, de que su culta y delicada poesía, lo mismo ha conmovido a los ingenios refinados que a los corazones sencillos y humildes; y si el vivir retirado y las cortas ediciones de sus obras perjudicaron a la expansión de su obra poética, estamos seguros de que, a medida que se difunda y traspase la distancia y el tiempo, extenderá la fama de Enrique Menéndez Pelayo y figurará mañana en las mejores Antologías de la lengua española.

Tal fué la vida de este varón insigne, digna de elogio; tal fué su obra imperecedera; y tal fué su muerte, ejemplo que nos dejó a cuantos le conocimos y amamos, y a él le abrió las puertas de la inmortalidad y las del cielo.

Tras un noble vivir, un morir bello. ¿Qué mayor gloria?

ALFONSO ORTIZ DE LA TORRE.

Santander, Septiembre, 1921.